ANIMAL DE COMBUSTIÓN LENTA SONIA MANZANO VELA





Sonia Manzano Vela



Sonia Manzano Vela

Animal de combustión lenta



Colección
Lima Lee




SONIA
MANZANO
VELA

Sonia Manzano Vela

Nació en Guayaquil, Ecuador, en 1947.

Poeta, narradora, ensayista y pianista. Autora de doce poemarios, entre los que se encuentran *La semana que no tiene jueves* (1978), *El ave que todo lo atropella* (1980), *Carcoma con forma de paloma* (1986), *Full de reinas* (1991), *Patente de corza* (1997), *Último regreso a Edén* (2005), *Espalda mordida por el humo* (2015). En narrativa ha publicado los siguientes títulos *Y no abras la ventana todavía* (1994), I Premio de la III Bienal de Novela Ecuatoriana, *Flujo escarlata* (1999), Premio Nacional Joaquín Gallegos Lara, *Que se quede el infinito sin estrellas* (2000), *Eses fatales* (2005), *Solo de vino a piano lento* (2014), *Trata de viejas* (2015). Su obra general consta en numerosas antologías nacionales y extranjeras. Ha sido traducida al inglés, francés, japonés e italiano.

Animal de combustión lenta

Municipalidad de Lima

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Concepto de portada:
Melissa Pérez

Diseño y diagramación:
Leonardo Enrique Collas Alegría

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Festival Internacional Primavera Poética

Harold Alva Viale
Presidente de la Organización

Comité Consultivo
Carlos Ernesto García (El Salvador)
Roberto Arizmendi (México)
Omar Aramayo (Perú)
Leopoldo Castilla (Argentina)
Omar Lara (Chile)

Director Cultural
Sixto Sarmiento Chipana

Asesor de comunicaciones
Luis Miguel Cangalaya

Jr. Buenaventura Aguirre 395.
Of.: K. Barranco, Lima.

https:/web.facebook.com/fipperu2019/

Lima, 2020

Esta publicación es un esfuerzo entre la Municipalidad de Lima y Primavera Poética para las ediciones de la colección del programa Lima Lee.

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

ANIMAL DE COMBUSTIÓN LENTA

Naufragio

¡Perdón, ojos míos!
hay un río abriendo su boquete
en el centro de mi débil consistencia,
y dentro de un instante
los convertiré en torrentes,
y dentro de un instante
mi angustia acostumbrada ya al naufragio
gritará su «sálvese quien pueda»,
y yo, la imbécil capitán de barco,
me quedaré hasta el último
tratando de salvar mi propia muerte.

Poema mordido hasta la mitad

No soy ninguna voz de la inocencia
y de cuando en vez
también hago malabares con mis hojas de parra,
pero de la parra al hecho
hay un largo trecho en el que nada he dicho.

Por hoy no bajaré del paraíso,
por hoy mondo la pulpa de una suave modorra
y dormito pensando en la manzana
que se atora en el cuello
de un lejano pecado.

Este mar

Este mar proclive a hervir
con la sola acometida de unos ojos,
este mar mordido ya
por la verde dentellada de mandrágoras.

Este mar tragándose a sí mismo
para que nadie a cien metros le perciba
su aliento alcoholizado de geranios.

Este mar que ronca doloroso
mientras sufre los estragos
de un mareo adquirido en vueltas líquidas;
este mar color de vértigo
que enverdece como un whisky envenenado.

Este mar que entrechoca sus balandras
mientras cruje la armazón de sus caderas,
este mar que acarrea combustible
hasta playas de por sí combustionadas.

Este mar que acaso se desborde.
que acaso finalmente se delate,
este mar que penetra extemporáneo
por los dedos de una loca tosca y triste.

Este mar que acaso se fraccione
en una de sus crueles sacudidas,
este mar convulso y convulsivo,
este mar de atroces convulsiones.

Este mar que lacera con sus ácidos
los hombros ardientes de sus olas,
este mar lacerado y lacerante,
sangrando entre los peces y el olvido,
Este mar que acaso se abandone
porque es fácil vivir a la deriva,
este mar que nació quién sabe cuándo,
este mar que irá a morir quién sabe dónde.

Breve y trágica pincelada (sobre Hiroshima)

Desde las aguas de mi corazón
ascendió un hongo blanco.
La explosión tocó sitios impensados,
provocó una larga reacción en cadena
como la caída consecutiva
de billones de fichas de dominó
colocadas unas atrás de otras
he impulsadas apenas
por una pequeña presión del dedo índice derecho.

La explosión tocó sitios impensados,
resquebrajó gravemente
el tierno cascarón del cielo,
y un hilillo azul —que «si es sangre
                                        y no es azul, lástima grande»—
se escapó de la sien minúscula
de una paloma picassiana
que murió sin haber siquiera alcanzado a bajar
su tren de aterrizaje.

Cuando sobrevolé la zona
ya no había nada más que hacer:
llovía virutas de ángeles,
cadáveres de bicicletas,
manubrios retorcidos
y torsos desportillados.

El fuego quemó las floridas divisiones
de lindas casas de papel
y el papel que cubría
la fragante armazón de girantes sombrillas.

El fuego arrancó graciosos moños
recogidos sobre las nucas,
desperdigó canarios y cabezas de niños
y aseguró, para muchas generaciones,
una degeneración genética.

Cuando sobrevolé la zona
ya no había nada más que hacer:
abajo se veía el contorno chamuscado del crimen
y el tatuaje inconfundible y verde
del dolor del planeta.

Pura carcoma con forma de paloma

Ahora solo te elaboro
para leerte yo,
para consumo interno,
para uso y abuso de mis ojos
(factores de producción han deteriorado mis
modos de producir amor a gran escala)

Mejor es que me siente a tu lado
en estos graderíos circulares
para observar
la representación de una tragicomedia en piedra
dividida en cinco actos de argamasa
con sus respectivos abucheos de arena.

Mejor es que te quedes con tus rizos de estatua aliñada
y sin más visitas
que la de algunos secos dioses ya listos para la
taxidermia.

Poesía que una vez yo poseía:
qué hacer o qué no hacer

para evitar que tu triste cacareo se estrelle en una sartén
sin que hayas muerto;
qué hacer o qué no hacer
para que no te quedes de pasabola,
para que puedas en una última y desesperada instancia
batear de un solo colibrí desviado
los dos versos todavía no enteramente convencidos
de que no hay poesía que dure cien años
ni cuerpo que lo resista.

Ya no está tu agonía trotona para desgorgorarse
en silvestres gorgoritos,
no obstante
te haré pasar de contrabando debajo de mi brazo.

Oh poesía que alguna vez me poseyera,
qué hacer o qué no hacer
para que de estos versos
resurja ese perdón que necesito,
de ti, paloma aguada,
pura carcoma con forma de paloma,
paloma aguardentosa carcomida
a la que he retorcido por las patas tantas veces
queriendo que gotee
la ley seca que pesa en mis palabras.

Miércoles sin ceniza

Si esperan por mí
esperen sentados.
Por cada mil veces que me voy,
una, regreso,
por cada vez que regreso
nadie espera por mí.

Cada vez que yo he vuelto me he encontrado
con una estación distinta
y un pueblo diferente.

No creo ser esa que baja
con una sola maleta.
Yo soy la que se queda adentro de los trenes
esperando que un pueblo
se estacione en sus ojos.

Es miércoles sin ceniza,
en la frente me trazo
la señal de la bruma que destilan los trenes.

A Benjamín Moloise

(*poeta negro ajusticiado en Sudáfrica*)

No olvido los lentes redondos de tu madre
ni su cabellera de pequeños yuyos blancos
bajo un pañuelo triste
como el cielo que hoy escupe purulencias.

No olvido su voz en un idioma extraño
diciendo «qué crueles son, qué crueles»
como pudiera haber dicho
«qué infames son, qué infames»,
después de que te pusieron a pendular como un trozo
de todo,
menos de hombre.

Y entonces pienso que hay que tener agallas de tiburón
blanco
para haberse atrevido a decir:
«madre, he ahí a tu hijo»
mientras le señalaban a un tulipán desgonzado,

hacia un poco de vértebras cervicales desarticuladas
entre sí,
pero haciendo entre ellas una música común
similar a esta, que es la que impone el ritmo en lo que
escribo.

cuando oí por la radio que tus pies ya no
tocaban tierra
tragué saliva para sentirme entera
y poco original como soy
en los momentos en los que no se precisa ser original
para ser auténtica
mascullé entre mis agudos dientes de loba sin estepa
—de loba de condominio horizontal y televisor a colores—
«poetas de todo el mundo, uníos
para llorar en verdad, en verdad os digo
a quien desde hoy estará como un antisegregacionista más
en la todavía no colonizada celestialidad del cielo».
Benjamín Moloise:
los segregacionistas
son peones de marfil con escudos extraterrestres
que avanzan arrasando
con todo clamor abiertamente humano que se les
enfrente,

sus reyes son hieráticos cadáveres
sentados a la entrada de su propia cámara mortuoria
y están cubiertos con una pesada máscara funeral
bajo la cual el odio entrechoca sus turbulencias verdes.
Negro y poeta como eras
devienes en muerto que nos desgarra,
devienes en perfume que se filtra
debajo de cien rosas
para impregnar de un pútrido color triste
el de por sí pútrido y triste
canto de los muertos.

Yo, mujer no alienada ni alineada.
mujer de lianas sin poseer selvas,
mujer que ama a los bípedos
si es que estos tienen plumas,
mujer de mirada fija
como esta ave torcaz que está en mi dedo,
te divisé a lo lejos
bamboleándote en un radio no mayor que el de la muerte.

Yo, mujer un poco digna de mí mismo,
beso tu miedo
porque por más valiente que hayas sido

siempre inspira temor
el capuchón que cubre hasta la nuca
del que tiene que amarrarnos en los pistones abiertos de
/ la bestia.

Beso los yuyos blancos de tu madre
y sus nervudas manos que —posterior al retiro
de la piedra—
ya empiezan a untarte con esencias aromáticas
(después sacaré una impresión de tu rostro
en este áspero trozo de tela).

En fin.
beso tus vértebras cervicales
desarticuladas entre sí
pero haciendo entre ellas una música común
que es precisamente
la que me sopla el viento ahora que escribo.

Por la simple fricción

Por la simple fricción de las palabras
se llega al éxtasis.
En esta, mi primera relación con el texto,
textualmente me revuelco en el lenguaje.

Entreabro los labios para decir «esta boca es mía»,
pero no sé si soy yo la que por esta boca está hablando.

No importa que nadie me recuerde en este último día
tan parecido al siguiente.

Algo que no es la rosa de otros días
fluye entre los muslos,
desangra para siempre entre los labios
la rosa que no vuelve.

Renuncio

Renuncio, pero no con carácter de irrevocable,
renuncio para que me rueguen que vuelva,
para que me ofrezcan el doble de olvido
sobre este injustificado «salario del miedo».

Abdico a favor de mi sucesora
en línea directa:
Ella se sentará en el sitio del cual me despoja
y ocupará este balcón desde donde,
en cada cumpleaños,
paso revista absurda a las horas vacías.

Los hombres pasan, pero las campanas quedan
(mis últimos tañidos rajarán tus metales).

Sé por quién doblan las campanas:
doblan porque mueren para adentro
sin que nadie las oiga.

Yo fui ese tren

Yo fui ese tren
que me dejó sin piernas.

Yo fui quien se empujó
sobre el mismo segundo
en que la luz pasara.

Un sin dolor estampa
la ausencia del dolor
en la mitad perdida.

A varios años luz
de la estrella más próxima
arroja burbujas casi póstumas
la mitad mutilada.

Hembrus erectus

1

Ha llegado la noche
me refugio en mi cueva
froto mis talones entre sí
invento el fuego

2

Un aullido distante
como el de un animal con miedo
eleva su hocico hacia la luna
y roza su pezón más purulento
llueve harina mezclada con gemidos

3

Todas las noches
una gran parte del bosque es devorada
por criaturas extrañas
Del bosque solo queda
un fémur de gacela
y los restos aún humeantes
de una tribu caníbal

Un lodazal de amnesia
desciende por las faldas de un mar deforestado
y sepulta un huevo de mamífero
pigmentado de niebla
Mañana cuando salga
a recoger carroña
ya el bosque se habrá ido

4

Bestias supuestamente mansas
olisquean mis agrias coyunturas
y después se alejan

Entonces reviso mis entrañas
y descubro que en ellas falta
un considerable tramo de intestinos

5

Soy un animal de combustión lenta
estoy ardiendo desde hace siglos
desde antes de que fuera concebido el crimen
como el medio de navegación más rápido
entre el odio y el deseo

Soy un animal hecho para la molicie
si tengo sed
abro la boca y dejo que en ella caiga
el goteo de una estalagmita etílica
Si tengo hambre
degluto los dedos que le sobran
a mis sucios pies de anacoreta
Si tengo frío
me envuelvo en la piel de un lobo enfermo

lobo que marcó su territorio
con el líquido turbio
de sus ojos prostáticos
Y si tengo deseos de amar
amo solo lo que no me estorba
lo que se ama solamente una vez
y no por más de un día
porque el amor al tercer día de usado
hiede a lobo resurrecto

Soy un animal de combustión lenta
soy la antorcha que iluminó las catacumbas
de los primeros cristianos
soy el cirio que veló los manuscritos de los poetas
medievales
sobre el parietal derecho
de una calavera enferma

Soy la mecha prendida
que avanza sobre la pólvora mojada
de su propio cerebro

Soy un animal de combustión lenta
Alguien

cuando vuelva a repetirse todo
dirá «háganse las sombras»
y mi luz será la espada deslumbrante
del primer ángel desobediente

6

Por los alruedos del lago
han empezado a deambular
criaturas más erguidas que yo
y con una cabeza más prominente que la mía

Criaturas que ya utilizan sus manos
para desprender los frutos
que cuelgan del vacío
Criaturas que rajan en canal
con sus cuchillos de obsidiana
el llanto palpitante de sus víctimas

Una hembra de esa especie extraña
subyugada por algo que brilla entre las hojas
se separa del grupo

y se acerca demasiado hacia la mata oscura
donde hierven mis dedos
Sorpresivamente
desenrollo mi lengua
y la atrapo
invento el crimen perfecto

7

Llueve torrencialmente
Se ahoga un mamut en mis entrañas
se ahoga un embrión de dinosaurio
en su propio huevo
se ahoga un pájaro carnívoro
con un trozo suculento de lujuria

Llueve como si hoy día fuera
el debut y despedida de las aguas
Se ahoga el verano
en mi abrigo de invierno
se ahogan mis sandalias
en el charco más inmundo del silencio

Llueve y adentro de mi cueva
un rayo parte
el altar sagrado de mis ídolos
Hasta mis pies de mono
cae un remedo de hombre
invento el miedo.

Preguntaré por ti

Preguntaré por ti de todos modos
aunque de todas partes te hayas ido
perderte fue más fácil que encontrarte,
por eso no hay recuerdo ni hay olvido.

Alguna vez estuvo programado
algún encuentro dulce y clandestino,
pero a la hora exacta del pecado
mi corazón no fue ni el tuyo vino.

Lo nuestro comenzó casi acabado,
lo nuestro nunca fue y solo ha sido
un día ya lejano del pasado
un árbol que de arder se ha consumido.

Preguntaré por ti de todos modos
aunque de todas partes te hayas ido,
y aún si el mismo amor se me ha secado
podré llorar de amor si estás conmigo.

Una samaritana

Cubierta hasta los ojos de restricciones islámicas
camina entre los humos
de una ciudad humeante

Lleva en uno de sus hombros
un ánfora repleta
de metáforas geniales

En un cruce de trenes sin destino
alguien le pide de beber
y ella le da la espalda
como clara señal de su indolencia
ante el clamor del que muere
ahogado en la sed de sus entrañas

La samaritana avanza
y más allá de lo real maravilloso
y de la maravilla hecha una realidad abyecta
vacía su ánfora
en el ombligo ciego de su propia leyenda

No le agrada a la samaritana
cargar con el peso muerto
de su ánfora vacía
por eso la entierra bajo un árbol
que canta sin palabras

Ya sin nada que ofrecer
al reseco vacío del silencio
la samaritana
apoya su cabeza
sobre un muslo de arena aún humeante
y se duerme para siempre

Desde el cielo cuajado de palabras
una estrella se bebe
hasta la última gota que fluye
del pezón más triste de la samaritana

Lágrimas de mango

Hace ya algunas décadas,
en casa de mis padres,
había un árbol alto, musculoso,
un frondoso, viril y bello árbol que
hacía suspirar a las acacias
y temblar de amor a las gardenias.
Árbol que, al llegar cada fin de año, llenaba su copa
/ burbujeante
con un mareante licor, olor a mango.

Así, en cada inicio de diciembre,
cientos de pájaros minúsculos,
provenientes de cielos indistintos,
tomaban por asalto
al árbol que más quise,
como para depredar,
con hambre incontenible,
la carne jugosa de los mangos.

Cada noche de aquel tiempo pasado,
por la ventana abierta de mi cuarto,

solía extenderse hasta mi cama
la rama más florida de mi árbol,
para que yo la acariciara,
así como se acaricia la mano
del hijo que más nos necesita.

Yo era joven,
muy joven,
tan joven como lo eran mis hermanos,
y entre las cosas entrañables que solíamos hacer
estaba la de chupar mangos como locos
hasta que el vientre del alma nos dolía
con un dolor en verdad «insoportable».

«La juventud se fue,
mi casa ya no está»,
ni mis padres tampoco:
primero se fue el árbol,
hace un poco más de treinta años,
se colgó, por decisión propia,
de la rama más triste de su tronco
cuando de esta no pendía
ni la sombra putrecida de algún mango.

Cuando llega diciembre
me asomo a una ventana
que no es, ¡maldita sea!,
que no es la de mi infancia,
y entonces creo ver
el espectro ya borroso de mi árbol,
y alrededor de él,
danzando como indios pieles rojas,
con sus hachas levantadas de victoria,
a todos mis hermanos,
y es ahí que grito conmovida:
¡quiero carne de mango!,
¡carne de mango maduro!,
¡carne madura de mango!,
¡por favor, pásenme un mango,
para que vuelva otra vez hasta mi boca,
¡el sabor ya lejano del pasado!,
¡para que vuelva otra vez hasta mis ojos
el recuerdo más dulce de mi vida
hecho lágrima purísima de mango!

Por la simple fricción

Por la simple fricción de las palabras
se llega al éxtasis.
En esta, mi primera relación con el texto,
textualmente me revuelco en el lenguaje.

Entreabro los labios para decir «esta boca es mía»,
pero no sé si soy yo la que por esta boca está hablando.

No importa que nadie me recuerde en este último día
tan parecido al siguiente.

Algo que no es la rosa de otros días
fluye entre los muslos,
desangra para siempre entre los labios
la rosa que no vuelve.



Colección
Lima Lee

